

LOS PROFETAS

Introducción

La Biblia hebrea agrupa los libros de Isaías, Jeremías, Ezequiel y el de los Doce Profetas bajo el título de «Profetas posteriores» y los coloca tras el conjunto Josué-Reyes, al que denomina «Profetas anteriores».

La Biblia griega coloca los libros proféticos después de los Hagiógrafos, en un orden distinto del hebreo y además variable, añade Lamentaciones y Daniel, que la Biblia hebrea colocaba en la última parte de su canon, e incluye textos que no se escribieron o no se conservan en hebreo: el libro de Baruc después de Jeremías, la Carta de Jeremías después de Lamentaciones, y las adiciones al libro de Daniel.

En la Iglesia latina, la Vulgata ha conservado lo esencial de esta distribución, pero ha vuelto al orden hebreo colocando a los doce «Profetas Menores» después de los cuatro «Mayores» y ha incorporado la carta de Jeremías al libro de Baruc, poniendo éste a continuación de Lamentaciones.

El profetismo.

En grados diversos y formas variables, las grandes religiones de la antigüedad tuvieron hombres inspirados que afirmaban hablar en nombre de su dios.

Pueblos vecinos de Israel:

- se refiere un caso de éxtasis profético en Biblos en el siglo XI a.C.
- hay pruebas de la existencia de videntes y profetas en Jamá del Orontes en el siglo VIII.
- aparecen en varias ocasiones en Mari del Eufrates en el siglo XVIII a.C.

En su forma y contenido, sus mensajes, dirigidos al rey, se parecen a los mensajes de los profetas más antiguos de Israel mencionados en la Biblia.

La Biblia habla de:

- el vidente Balaán, llamado desde Aram por el rey de Moab, Nm 22-24.
- los 450 profetas de Baal convocados por Jezabel de Tiro y humillados por Elías en el Carmelo, I R 18,19-40.
- los 400 profetas consultados por Ajab, I R 22,5-12. Son, como los primeros, un grupo numeroso arrebatado por el éxtasis frenético, pero hablan en nombre de Yahvé.

El Yahvismo antiguo reconoció la legitimidad de tal institución.

- Junto a Samuel aparecen hermandades de inspirados, I S 10,5; 19,20
- en la época de Elías, I R 18,4, grupos de «hermanos profetas» mantienen relaciones con Elíseo, 2 R 2,3-18; 4,38s; 6; Is 9,1, Am 7,14.
- Excitados por la música, I S 10,5, estos profetas entraban en trance colectivo, que se contagiaba después a los asistentes, I S 10,10; 10,20-24,
- o bien remedaban acciones simbólicas, I R 22,11.

Se da un caso análogo cuando Elíseo recurre a la música antes de profetizar, 2 R 3,15.

Más frecuentes son las acciones simbólicas en los profetas: por ejemplo, Ajas de Siló, 1 R 11,29s, también Isaías, Is 20,2-4, con frecuencia Jeremías, Jr 13,1s; 19,1s; 27,2s, y sobre todo Ezequiel, 4,1-5 4; 12,1-7.18; 21,23s; 37,15s.

En el curso de estas acciones o fuera de las mismas, se conducen a veces de un modo extraño y pueden pasar por estados psicológicos anormales;

Estas manifestaciones extraordinarias no constituyen lo esencial en los profetas de la Biblia.

El nombre, *nabî'*.

El verbo que de él se deriva, viene a significar «delirar» (I S 18,10), pero esta acepción derivada no es el sentido original del sustantivo.

Deriva de una raíz que significaba «llamar, anunciar».

El *nabî'* sería «el llamado», o bien «el que anuncia», y ambos sentidos expresan lo esencial del profetismo israelita.

El profeta es un mensajero y un intérprete de la palabra divina.

Ex 4,15-16: Aarón será el intérprete de Moisés como si fuera su «boca» y como si Moisés fuera «el dios que le inspira».

Ex 7,1: Moisés será «un dios para Faraón» y Aarón será su «profeta», *nabî'*;

Yahvé dice a Jeremías: «Mira que he puesto mis palabras en tu boca», Jr 1,9.

Los profetas tienen conciencia del origen divino de su mensaje; lo presentan diciendo: «Así habla Yahvé», o «Palabra de Yahvé», o bien «Oráculo de Yahvé».

Esta palabra que les llega es más fuerte que ellos y no la pueden acallar: «Habla el Señor Yahvé, ¿quién no va a profetizar?», exclama Amos, 3,8, y Jeremías lucha en vano contra esta fuerza, Jr 20,7-9.

En un momento de su vida, fueron:

- llamados de modo irresistible por Dios, Am 7,15; Is 6, Jr 1,4-10,
- elegidos como mensajeros suyos, Is 6,8
- el comienzo de la historia de Jonás demuestra lo que costaba sustraerse a esta misión.

Fueron enviados para manifestar la voluntad de Yahvé y ser ellos mismos «señales».

No sólo sus palabras, sino también sus acciones, su vida, todo es profecía.

- El matrimonio real y desgraciado de Oseas es un símbolo, Os,1-3;
- Isaías ha de pasearse desnudo para servir de presagio, Is 20,3;
- él mismo y sus hijos son «señales prodigiosas», Is 8,18;
- la existencia de Jeremías es una enseñanza, Jr 16,
- cuando Ezequiel ejecuta las extrañas órdenes de Dios, él mismo es una «señal para la casa de Israel», Ez 4,3; 12,6.11; 24,24.

El mensaje divino puede llegar al profeta de muchas maneras:

- en visión, como la de Is 6 o las de Ez 1, 2, 8, etc., Dn 8-12, Za 1-6,
- rara vez en visión nocturna, ver Nm 12,6, como en Dn 7; Za 1,8s;
- por audición
- por una inspiración interior (así pueden entenderse generalmente las fórmulas: «Yahvé me dirigió la palabra», «Palabra de Yahvé a...»),
 - o ya sea de improviso,
 - o ya con ocasión de una circunstancia trivial (la vista de una rama de almendro, Jr 1,11, o de dos cestos de higos, Jr 24, una visita al alfarero, Jr 18,1-4).

El profeta transmite el mensaje recibido en formas igualmente variadas:

- en fragmentos líricos o relatos en prosa,
- en parábola o abiertamente,
- en el estilo sobrio de los oráculos,
- utilizando las formas literarias de la reprensión, de la diatriba, del sermón, de los pleitos, de los escritos de sabiduría o de los salmos cultuales, de las canciones amorosas, de la sátira, de la lamentación fúnebre...

Esta variedad en la recepción y expresión del mensaje depende en gran parte del **temperamento personal** y de las **dotes naturales** de cada profeta, pero encubre una identidad fundamental:

- todo verdadero profeta tiene viva conciencia de no ser más que un instrumento, de que las palabras que profiere son y no son suyas a la vez.

- Tiene la convicción inquebrantable de que ha recibido una palabra de Yahvé y que debe comunicarla.
- Esta convicción se funda en la experiencia misteriosa, digamos mística, de un contacto inmediato con Yahvé.
- Puede suceder, como se ha dicho, que este influjo divino provoque exteriormente manifestaciones «anormales», pero sólo se trata de algo accidental, como entre los grandes místicos.

En cambio, como también sucede a los místicos, debemos afirmar que esta intervención de Dios en el alma del profeta coloca a éste en un estado psicológico «supranormal».

El mensaje profético:

- rara vez se dirige a un individuo, Is 22,15s;
- o lo hace en un contexto más amplio, Jr 20,6; Am 7,17.
- Hay que exceptuar al rey, que es jefe del pueblo: Natán con David, Elías con Ajab, Isaías ante Ajar y Ezequías, y Jeremías ante Sedecías;
- también al sumo sacerdote, jefe de la comunidad al regreso del Destierro, Za 3.

Pero, fuera de estas excepciones, lo que distingue a los grandes profetas, cuya obra conservamos, de sus predecesores en Israel y de sus similares en el medio oriental, es que **su mensaje se dirige a todo el pueblo.**

En todos los relatos de vocación, el profeta es enviado al pueblo, Am 7,15; Is 6,9; Ez 2,3; incluso a todos los pueblos, como en el caso de Jeremías, Jr 1,10.

Su mensaje atañe al presente y al futuro.

El profeta es enviado a sus contemporáneos, les transmite los deseos divinos.

Pero, en cuanto intérprete de Dios, se halla por encima del tiempo, y sus «predicciones» vienen a confirmar y prolongar sus «predicaciones».

Puede anunciar un acontecimiento próximo como señal cuya realización justificará sus palabras y su misión, I S 10,1s; Is 7,14; Jr 28,15s; 44,29-30;

Prevé:

- el castigo como sanción de las faltas que fustiga,
- la salvación como recompensa de la conversión que pide.

Los profetas más recientes podrán recorrer el velo hasta los últimos tiempos, hasta el triunfo final de Yahvé, pero siempre resulta una enseñanza para el presente.

Sin embargo, como el profeta no es más que un instrumento, el mensaje que transmite puede rebasar las circunstancias en que se haya pronunciado y aun la conciencia misma del profeta, quedando envuelto en el misterio hasta que el porvenir lo haga explícito realizándolo.

Jeremías es enviado «para extirpar y destruir, para reconstruir y plantar».

El mensaje profético

- presenta dos caras, **es severo y consolador.**
- A menudo es duro, lleno de amenazas y de reproches, hasta tal punto que esta severidad puede aparecer como señal de la verdadera profecía, Jr 28,8-9, ver Jr 26,16-19; 1 R 22,8.
- el pecado, obstáculo para los designios de Dios, obsesiona al profeta.
- Pero las perspectivas de salvación no se cierran nunca.

El libro de la Consolación, Is 40-55, es una de las cumbres de la profecía y no hay razón para cercenar de los profetas más antiguos los anuncios de alegría, que se encuentran ya en Am 9,8-15; Os 2,16-25; 11,8-11; 14,2-9.

En el proceder de Dios para con su pueblo, gracia y castigo se complementan.

El profeta es enviado al pueblo de Israel, pero **su horizonte es más vasto**, como el poder de Yahvé, cuyas obras anuncia.

Los grandes profetas tienen grupos de **oráculos contra las naciones**, Is 13-23; Jr 46-51; Ez 25-32.

Amos comienza con el juicio contra los vecinos de Israel;

Abdías profiere un oráculo sobre Edom;

de Nahúm sólo tenemos un oráculo contra Nínive, a donde precisamente es enviado Jonás a predicar.

El profeta está seguro de hablar en nombre de Yahvé, pero ¿cómo reconocerán sus oyentes que es profeta auténtico?

Los falsos profetas:

- Pueden ser hombres sinceros que sufren ilusión
- pueden ser simuladores, pero su comportamiento exterior no los distingue de los verdaderos profetas.

-

Los verdaderos profetas tienen que polemizar contra ellos:

- Miqueas ben Yimlá contra los profetas de Ajab, 1 R 22,8s;
- Jeremías contra Ananías, Jr 28,
- contra los falsos profetas en general, Jr 23;
- Ezequiel contra profetas y profetisas, Ez 13. ¿

Cómo saber que el mensaje procede verdaderamente de Yahvé? ¿Cómo distinguir la verdadera profecía?

Dos criterios, según la Biblia:

el cumplimiento de la profecía, Jr 28,9; Dt 18,22 (y ver los textos arriba citados sobre el anuncio de próximos acontecimientos como «señales» de la verdadera profecía),

la conformidad de la enseñanza con la doctrina yahvista, Jr 23,22; Dt 13,2-6.

Los textos citados del Deuteronomio indican que la profecía era una institución reconocida por la religión oficial.

A veces los profetas aparecen junto a los sacerdotes, Jr 8,1; 23,11; 26,7s, etc.; Za 7,3, etc., y

Hay un cierto vínculo entre los profetas y los centros de vida religiosa, así como una influencia de la liturgia sobre la composición de algunos de sus oráculos, sobre todo en Habacuc, Zacarías y Joel.

La idea fundamental:

el profeta es un hombre que tiene una experiencia inmediata de Dios, que ha recibido la revelación de su santidad y de sus deseos, que juzga el presente y ve el futuro a la luz de Dios y que es enviado por Dios para recordar a los hombres sus exigencias y llevarlos por la senda de la obediencia y de su amor.

El profetismo es un fenómeno propio de Israel, uno de los procedimientos de la Providencia divina en la dirección del pueblo elegido.

El movimiento profético.

La Biblia pone a Moisés a la cabeza del linaje de los profetas, Dt 18,15-18 (le considera como el mayor de todos, Nm 12,6-8; Dt 34,10-12, pues ha conocido a Yahvé cara a cara, le ha hablado boca a boca y ha transmitido su Ley al pueblo).

Jamás han faltado en Israel herederos de sus dones, empezando por su sucesor **Josué**, «en quien está el espíritu», Nm 27,18, ver Dt 34,9.

En la época de los Jueces aparecen:

- la profetisa **Débora**, Je 4-5,
- y un **profeta anónimo**, Je 6,8,
- luego surge la gran figura de **Samuel**, profeta y vidente, 1 S 3,20; 9,9; ver 2 Cro 35,18.
- Entonces se difunde el espíritu profético en **grupos de inspirados** 1 S 10,5; 19,20;
- luego encontramos las comunidades más sensatas de «**los hermanos profetas**», 2 R 2, etc.;
- estas hermandades no tardan en desaparecer, pero hasta después del regreso del Destierro la Biblia había de profetas en plural, Za 7,3.

personalidades destacadas:

- Gad, profeta de David, 1 S 22,5; 2 S 24,11;
- Natán, con el mismo rey, 2 S 7,2s; 12,1s; 1 R 1,11s;
- Ajías en tiempo de Jeroboán, 1 R 11,29s; 14,2s;
- Jehú, hijo de Jananf, en tiempo de Basá, 1 R 16,7;
- Elías y Eliseo en tiempo de Ajab y sus sucesores, 1 R 17 a 2 R 13 passim;
- Jonás en tiempo de Jeroboán II, 2 R 14,25;
- la profetisa Juldá en tiempo de Josías, 2 R 22,14s;
- Urías en tiempo de Joaquín, Jr 26,20

Los libros de las Crónicas añaden a esta lista:

- Semaías en tiempo de Roboán, 2 Cro 12 55;
- Idó en tiempo de Roboán y Abías, 2 Cro 12,75; 13,22;
- Azarías en tiempo de Asá, 2 Cro 15,1s;
- Oded en tiempo de Ajaz, 2 Cro 28,9s, y algunos anónimos.

Natán anuncia a David la permanencia de su dinastía, en la que Yahvé se complace; es el primer eslabón de las profecías, que luego irán precisándose, sobre el Mesías hijo de David, 2 S 7,1-17. Pero el mismo Natán reprende con vehemencia a David por su pecado con Betsabé y, en vista de su arrepentimiento, le asegura el perdón de Dios, 2 S 12,1-25.

Elías y Eliseo (relatos de los libros de los Reyes).

- En un momento en que la invasión de los cultos extranjeros hacía peligrar la religión de Yahvé, **Elías** se alza como el campeón del verdadero Dios y logra en la cumbre del Carmelo una brillante victoria sobre los profetas de Baal, 1 R 18.
- Su encuentro con Dios en el Horeb, donde se habla pactado la alianza, le relaciona directamente con Moisés, 1 R 19.
- Elías, defensor de la fe, lo es también de la moral, y fulmina la condenación divina contra Ajab, que ha asesinado a Nabot para quitarle su viña, 1 R 21.
- Su fin misterioso, 2R 2,1-18, envuelve en un halo su figura, que no ha dejado de agrandarse en la tradición judía.

- Al contrario de Elías, profeta solitario, **Eliseo** se inmiscuye mucho en la vida de su tiempo.
- Interviene en el curso de la guerra moabita, 2 R 3, y de las guerras arameas, 2 R 6-7,
- juega un papel en la usurpación de Jazael en Damasco, 2 R 8,7-15, y en la de Jehú en Israel, 2 R 9,1-3,

- le consultan los grandes, como Joás de Israel, 2 R 13,14-19, Ben Hadad de Damasco, 2 R 8,7-8, Naamán el sirio, 2 R 5.
- Mantiene también relaciones con los grupos de «hermanos profetas», que referían de él historias maravillosas, 2 R 4,1-7.38-44; 6,1-7.

Los profetas canónicos:

Intervienen en los períodos de crisis que preceden o acompañan a los momentos capitales de la historia nacional:

- la amenaza asiria
- la ruina del reino del Norte,
- la ruina del reino de Judá
- la salida para el Destierro,
- el fin del Destierro y el regreso.

No se dirigen al rey, sino al pueblo, y, porque su mensaje tiene este alcance general, se conserva por escrito y sigue operando.

El primero entre estos profetas, **Amos**, ejerce su ministerio a mediados del **siglo VIII a.C.**, unos cincuenta años después de la muerte de Elíseo, y el gran movimiento profético durará hasta el Destierro, menos de dos siglos, que están dominados por las extraordinarias figuras de **Isaías y Jeremías**, pero en los cuales también se sitúan **Oseas, Miqueas, Nahum, Sofonías y Habacuc**.

- El final del ministerio de Jeremías coincide con los comienzos de **Ezequiel**.

Ezequiel profeta del Destierro: un cambio de tono.

- menos fuego y espontaneidad,
- visiones grandiosas, pero complicadas,
- descripciones minuciosas,
- preocupación cada vez mayor por los últimos tiempos,
- rasgos que anuncian la literatura apocalíptica.

Con todo, la gran **corriente isaiana** se perpetúa entonces, enriquecida, en el libro de la Consolación, Is 40-55.

Los profetas de la vuelta del Destierro

- **Ageo y Zacarías**, tienen un horizonte más limitado: su interés se concentra en la restauración del Templo.
- **Malaquías** subraya los defectos de la nueva comunidad.
- **Jonás**, que preludia el género midrásico, utiliza las Escrituras antiguas para una enseñanza nueva.

La vena apocalíptica, abierta por Ezequiel, brota de nuevo en **Joel** y en la segunda parte de **Zacarías**. E invade el libro de **Daniel**, donde las visiones del pasado y del futuro se conjugan en un cuadro intemporal de la destrucción del Mal y del advenimiento del Reino de Dios.

En este momento, la gran inspiración profética parece agotada, se apela a los «profetas de antaño», Dn 9,6.10, ver ya Za 7,7.12; y Za 13,2-6 prevé la desaparición de la institución profética comprometida por los falsos profetas.

Jl 3,1-5 anuncia una efusión del Espíritu en los tiempos mesiánicos.

Ésta se realizará en Pentecostés, según Hch 2,los.

Trátase, en efecto, del comienzo de la nueva era inaugurada por la predicación de Juan el Bautista, el último de los profetas de la antigua Ley, «profeta y más que profeta», Mt 11,9; Lc 7,26.

Los profetas

Tienen un papel fundamental en Israel.

- Han mantenido y guiado al pueblo en el Yahvismo.
- Han sido los órganos principales del progreso de la Revelación.

Cada uno de los profetas:

- ha desempeñado su propia función.
- ha aportado su piedra al edificio doctrinal.

Siguen tres líneas maestras:

- el monoteísmo.
- el moralismo.
- la espera de la salvación.

El monoteísmo.

Poco a poco Israel llegó a la afirmación de la existencia de un Dios único y negación de la existencia de cualquier otro dios.

Por mucho tiempo se había aceptado la idea de que los demás pueblos podían tener otros dioses: Israel sólo reconocía a Yahvé, que era el más poderoso y exigía un culto exclusivo.

El paso de esta conciencia y de esta práctica monoteísta a una definición abstracta fue fruto de la predicación de los profetas.

Amos (el más antiguo) presenta a Yahvé como al Dios que impera sobre las fuerzas de la naturaleza y es el dueño de los hombres y de los acontecimientos.

La Revelación del Dios del Sinaí había sido vinculada a la elección del pueblo y a la conclusión de la Alianza.

Yahvé aparece como el Dios propio de Israel, vinculado a la tierra y a los santuarios de Israel.

Los profetas muestran que Dios dirige los destinos de los demás pueblos. (Am 9,7)

 Él juzga a los pequeños Estados y a los grandes Imperios, Am 1-2

 Les otorga y les retira el poder, Jr 27,5-5,

 los toma como instrumentos de su venganza, Am 6,11; Is 7,18-19; 10,6; Jr 5,15-17.

 los frena cuando quiere, Is 10,12.

 predicen la destrucción del santuario, Mi 3,12; Jr 1,12-14; 26;

 Ezequiel ve cómo la gloria de Yahvé abandona Jerusalén, Ez 10,18-22; 11,22-23.

Yahvé, dueño de toda la tierra, no deja espacio para otros dioses.

 Impotencia de los falsos dioses y la vanidad de los ídolos, Os 2,7-15; Jr 2,5-13. 27-28; 5,7; 16,20.

 También durante el Destierro, cuando el fracaso de Israel podía suscitar dudas sobre el poder de Yahvé, la polémica contra los ídolos se hace más incisiva y racional (Is 40,79-20; 41,6-7.21-24; 44,9-20; 46,1-7; Jr 10,1-16; la carta de Jeremías (= Ba 6) y Dn 14.

 Expresión triunfante del monoteísmo absoluto, Is 44,6-8; 46,7-7.9.

Este Dios es trascendente, «santo». (Is 6; 1,4; 5,19.24; 10,17.20, Os 11,9; Is 40,25; 41,14.16.20; Jr 50,29; 51,5; Ha 1,72; 3,3.

 Está rodeado de misterio, Is 6; Ez 1,

 infinitamente por encima de los «hijos de hombre».

Sin embargo, está muy cerca por la bondad, por la ternura misma que demuestra a su pueblo, (Oseas y Jeremías con la alegoría del matrimonio entre Yahvé e Israel, Os 2; Jr 2,2-7; 3,6-8, , Ez 16 y 23).

El moralismo.

A la Santidad de Dios se opone la impureza del hombre, Is 6,5,
El moralismo estaba inscrito ya en el Decálogo, (Natán ante David, 2 S 12, Elias ante Ajab, 1 R 21).

el pecado es lo que separa al hombre de Dios, Is 59,2.

El pecado, en efecto, es un atentado:

contra el Dios de Justicia (Amos)

contra el Dios de Amor (Oseas)

contra el Dios de Santidad (Isaías)

Se extiende a toda la nación (Jeremías) Jr 13,23.

El desbordamiento del mal reclama el castigo de Dios, el gran juicio del «Día de Yahvé», Is 2,6-22; 5,18-20; Os 5,9-14; Jl 2,7-2; So 1,14-18,

El anuncio de la desgracia es distintivo de la verdadera profecía, Jr 28,8-9.

El pecado, que es pecado de la masa, reclama esta sanción colectiva;

La idea de la retribución individual comienza a aparecer en Jr 31,29-30 (Dt 24,16) y se afirma en Ez 18; 33,10-20.

El «monoteísmo ético» de los profetas no es un antilegalismo.

Su moralismo está basado en el derecho promulgado por Dios que se infringe o es pasado por alto (discurso de Jr 7,5-10).

La concepción de la vida religiosa gana en profundidad.

Para escapar al castigo hay que «buscar a Dios», Am 5,4; Jr 50,4; So 2,3,

Cumplir sus mandamientos, caminaren rectitud, vivir en humildad, (Sofonía, Is 1,17; Am 5,24; Os 10,72; Mi 6,8).

Dios pide una religión interior, condición de la Alianza nueva, Jr 31,31-34.

Este espíritu debe animar toda la vida religiosa y las manifestaciones exteriores del culto, y los profetas protestan contra un ritualismo ajeno a toda preocupación moral, Is 1,11-17; Jr 6,20; Os 6,6; Mi 6,6-8.

Sin embargo no son adversarios del culto en sí mismo; el culto y el templo serán las preocupaciones más importantes para Ezequiel, Ageo y Zacarías.

La espera de la Salvación.

El castigo no es la última palabra.

Dios no quiere la ruina total de su pueblo, y a pesar de todas las apostasías, prosigue la realización de sus promesas.

Dios reservará un «Resto» (Amos, 5,15,Is 4,3s)

El «Resto» se librá del peligro presente y se beneficiará de la salvación final.

Después de cada prueba, el Resto es el grupo que ha sobrevivido

los habitantes que quedaron en Israel o Judá después de la caída de Samaría o la invasión de Senaquerib, Am 5,15; Is 37,31-32,

los desterrados en Babilonia tras la ruina de Jerusalén, Jr 24,8,

la comunidad que vuelve a Palestina después del Destierro, Za 8,6.11.12; Esd 9,8.13-15.

Pero ese grupo es al mismo tiempo, en cada época, el germen, el vástago de un pueblo santo al que está prometido el futuro, Is 11,10; 37,31; Mi 4,7; 5,6-7; Ez 37,12-14; Za 8,11-13.

Será una era de felicidad inaudita:

los dispersos de Israel y de Judá, Is 11,12-13; Jr 30-31, volverán a Tierra Santa, que será prodigiosamente próspera, Is 30,23-26; 32,15-17,

el pueblo de Dios se vengará, de sus enemigos, Mi 4,11-13; 5,6-8.

Pero estas perspectivas de prosperidad y poder materiales acompañan al advenimiento del Reino de Dios.

Y éste supone un clima espiritual:

justicia y santidad, Is 29,19-24,

conversión interior y perdón divino, Jr 31,31-34,

conocimiento de Dios, Is 2,3; 11,9; Jr 31,34,

paz y gozo, Is 2,4; 9,6; 11,6-8; 29,19.

Para establecer y regir su reino sobre la tierra, el rey Yahvé tendrá un representante al que la unción le hará su vasallo: será el «ungido» de Yahvé, en hebreo su «mesías».

Natán, al prometer a David la permanencia de su dinastía, 2 S 1, formula la primera expresión de este mesianismo real.

Los fracasos y la mala conducta de la mayoría de los sucesores de David pareció que daba un mentís a ese mesianismo «dinástico» y la esperanza se concentró en un rey particular cuya venida se esperaba en un futuro próximo o lejano.

Este es el salvador (Isaías, Miqueas y Jeremías).

El Mesías será del linaje de David, Is 11,1; Jr 23,5 = 33,15,

Como él, saldrá de Belén-Efratá, Mi 5,1.

Recibirá los títulos más grandiosos, Is 9,5,

El Espíritu de Yahvé reposará en él con todo el cortejo de sus dones, Is 11,1-5.

Es el *Emmanuel* «Dios con nosotros», Is 7,14;

«Yahvé, justicia nuestra», Jr 23,6.

Esta esperanza sobrevivió a la dura lección del Destierro, pero las perspectivas sufrieron un cambio.

Las esperanzas fueron puestas por unos momentos en el davídico Zorobabel (Ageo y Zacarías)

El mesianismo real sufrió un eclipse: ningún descendiente de David se sentaba ya en el trono e Israel se encontraba sometido a dominación extranjera.

Ezequiel espera la venida de un nuevo David, pero le llama «príncipe» y no «rey», y lo describe como mediador y pastor más que como soberano poderoso, Ez 34,23-24; 37,24-25;

Zacarías anunciará la venida de un rey, pero éste será humilde y pacífico, Za 9,9-10.

Para el Segundo Isaías, el Ungido de Yahvé no es un rey davídico, sino el rey de Persia, Ciro, Is 45,1, instrumento de Dios para la liberación de su pueblo;

El mismo profeta introduce otra figura de salvador, **el Siervo de Yahvé**,

maestro de su pueblo y luz de las naciones

predica con toda dulzura el derecho de Dios;

no tendrá figura humana,

será rechazado por los suyos,

pero les conseguirá la salvación al precio de su propia vida, Is 42,1-7; 49,7-9; 50,4-9, y principalmente 52,13-53,12.

Daniel ve venir sobre las nubes del cielo como un Hijo de hombre, que recibe de Dios el imperio sobre todos los pueblos, un reino que no pasará, Dn 7.

En vísperas de nuestra era, la espera de un Mesías gozaba de amplia difusión, pero ciertos ambientes esperaban también a un Mesías sacerdotal, y otros a un Mesías trascendente.

La primera comunidad cristiana refirió todos estos pasajes proféticos a Jesús.

Él es el Salvador, el Cristo, es decir, el Mesías, descendiente de David, nacido en Belén, el Rey pacífico de Zacarías y el Siervo doliente del Segundo Isaías, el niño Emmanuel anunciado por Isaías y también el Hijo del hombre de origen celeste, contemplado por Daniel.

Él ha realizado las profecías, pero rebasándolas, y él mismo ha repudiado la noción política tradicional del mesianismo real.